

Felipe Benítez Reyes

La propiedad del paraíso

PRÓLOGO DE
José Manuel Caballero Bonald

EPÍLOGO, APÉNDICE EN VERSO Y COLLAGES
del autor

el paseo, 2022

© Felipe Benítez Reyes, 1995-2022
© de las ilustraciones: Felipe Benítez Reyes, 2022
© del prólogo: herederos de José Manuel Caballero Bonald, 1995
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2022

www.elpaseoeditorial.com
Colección NARRATIVA | {OPERA PRIMA}

1.ª edición en El Paseo: abril de 2022

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés (www.sputnix.es)
Corrección: Manuel Gregorio González
Impresión y encuadernación: Kadmos

I.S.B.N. 978-84-19188-02-1
DEPÓSITO LEGAL: SE-677-2022
CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Contenido

PRÓLOGO. José Manuel Caballero Bonald 9

La propiedad del paraíso

1. Papel de envoltorio	19
2. Los fuegos y lugares de artificio	23
3. Las novias quiméricas	27
4. La Diosa del Rodeo	33
5. La capital	40
6. El bibelot de la sirena	43
7. El pie de Lali	47
8. Las muchachas de los labios pintados de rojo	51
9. El Palatium Cinema	53
10. El sargento	55
11. Los héroes	58
12. Sonar de noches	61
13. Músicas	65
14. La noche diez mil	68
15. El capitán Roden	70
16. El día oscuro	72
17. Las fiestas	74
18. Las historias	79
19. Las imágenes	83

20. Los recintos de seda	87
21. Lo que ardía	89
22. Figuras de ida y vuelta	92
23. La llegada del barco	95
EPÍLOGO. Algunos años después o Peripecias y tribulaciones de una obra maestra	101
Apéndice en verso	109
Infancia	113
Paseo marítimo	114
Royal Cinema	116
Ruinas del paraíso	118
Casa de Veracruz	121
Casa de Veracruz (Variación)	122
Nube de nada	124
Cine de verano	126
Epílogo	127
La cuestión preliminar	128
El sepulcro quimérico	130
Casa en el sueño	133
Infancia	134
Cine Playa	136
Infancia, iconos	138

Prólogo

NO SÉ HASTA qué punto *La propiedad del paraíso* es un libro autobiográfico, estrictamente ceñido a la infancia. Supongo que sí, que algo de eso hay, entre otras cosas porque muy rara vez puede hablar el escritor de la infancia sin referirla a su propia memoria y, además, porque el niño que anda por el libro incluso se asemeja bastante al adulto que lo escribió.

Quiero decir que ya a los diez años Felipe Benítez Reyes parecía estar adiestrándose astutamente para contar tiempo después lo que le estaba pasando. Lo cual, aparte de imposible, resultaría de una precocidad por lo menos mozartiana. De todos modos, esta serie de sutiles y seductoras estampas infantiles, adornadas con todas las mitologías y aventuras sensoriales propias del caso, funcionan aquí como fragmentos de evocaciones entresacadas de la propia experiencia y modificadas, remodeladas luego a través del proceso creador.

Felipe Benítez Reyes se vale normalmente de su óptimo aparejo de poeta para rebuscar en el pasado de un protagonista que si no es Felipe Benítez Reyes, muy bien podría serlo. Y eso —el aparejo de poeta— se nota sobre todo en el primor metafórico, digamos que en la vibración imaginativa.

Cada uno de los breves capítulos que componen este libro está elaborado efectivamente con una prosa que se afianza a partir de ciertas energías poéticas. Es posible que el autor haya

elegido adrede esa entonación para acentuar el aliño retórico de las descripciones, para dar una mayor consistencia ilusoria a los argumentos. Pero ese presunto lirismo no es, sin embargo, un trámite uniforme. Hay otros elementos que definen más regularmente el carácter estilístico del libro y que, en cierta medida, relegan a un segundo término cualquier insinuante preminencia poética.

Me refiero sobre todo a la ironía, cuyo empleo me parece especialmente efectivo por cuanto desplaza del campo argumental todo lo que pudiera deslizarse hacia unas reflexiones demasiado solemnes o demasiado ampulosas. Es una ironía que se genera también a través de la sintaxis y que suma un nuevo atractivo a la elocución. Felipe Benítez Reyes consigue así un equilibrio expositivo sumamente airoso. Las fantasías infantiles quedan muy bien dosificadas dentro de esos soportes irónicos que estabilizan la realidad. A lo que habría que añadir la manifiesta singularidad operativa de la prosa, donde comparece de pronto como una exquisitez en el fraseo que viene quizá de Gómez de la Serna, incluso de ciertos modales posrománticos, pero que incide en lo que podrían ser los anticipos teóricos de un nuevo realismo sentimental.

El procedimiento narrativo usado por Felipe Benítez Reyes en *La propiedad del paraíso* denota una lucidez más bien enemistada, por lo serena, con el ávido desorden que se le podría suponer a un escritor tan joven.

Como bien se sabe, el punto de vista del autor que escribe sobre el niño que fue suele ser bastante enrevesado. Aparte de que se produzca como una trampa dialéctica, puesto que mal puede ocupar ya quien escribe el sitio del personaje evocado, también habría mucho que hablar del autor como protagonista o de los reajustes del tiempo para conseguir esa confron-

La propiedad del paraíso

*A Carmen y Felipe,
por los años de Veracruz.*

El ilusorio ayer es un recinto
de figuras inmóviles de cera
o de reminiscencias literarias
que el tiempo irá perdiendo en sus espejos.

J.L.B.

... la pérdida del reino...

R.D.

1. Papel de envoltorio

YO CREÍ DURANTE varios años en el Duende, y aquella superstición tenía desde luego sus ventajas: si sufría pesadillas con vampiros (que, con su autoritaria palidez, tenían la mala costumbre de plantarse ante mí envueltos en sus capas de satén fúnebre) o con mandarines o califas que me mandaban degollar por un quítame allá esas perlas robadas o esa alfombra voladora; si suspendía un examen, si veía bultos escurridizos por la tenebrura de los pasillos o si ocurría, en fin, algo de condición poco razonable, lo achacaba yo al Duende, como si el Duende fuese una especie de pantocrátor burlón que se ocupara de diablear por el mundo con el ánimo de un saltimbanqui.

Al Duende, en realidad, sólo lo vi una vez, si a aquello puede llamársele ver y si aquello que vi era en realidad el Duende. Aunque, al fin y al cabo, raro sería que fuese otra cosa: el Duende era el nombre de lo inexplicable y de lo desconocido. El nombre de la chiribita universal. El nombre de los ruidos nocturnos y el nombre de los olvidos, de los bolígrafos despuntados y de los tres o cuatro cromos que nunca salían en los sobres y dejaban un hueco de blancura y de incógnita en los álbumes de animales salvajes.

Contaré mi encuentro con el Duende: era de noche, me había despertado y tenía sed. Me bebí de un sorbo el vaso que

había en la mesilla, pero seguí sediento, así que me levanté y fui a la cocina. Cuando abrí la nevera, salió de allí una niebla lábil, algo así como una rúbrica de humo. «El frío», pensé. (Porque el frío lo había yo visto muchas veces con ese disfraz volátil de neblina en la fábrica de hielo). Llené el vaso, me volví y vi entonces una silueta flotante y luminosa, muy tenue y afantasmada, del tamaño de un gato. El boceto de un espectro, podría decirse. Me quedé clavado en el sitio mientras aquel garabato de luz se contoneaba en el aire como un contorsionista del más allá. Hice lo que pude: le arrojé el agua del vaso con afanes —supongo— de exorcista. La silueta pareció entonces condensarse en una especie de filamento y salió disparada hacia el pasillo. Parecía una bala de niebla.

Carmelo y Fernandí, cuando se lo conté, me dijeron que yo iba para brujo.

Tardé varios meses en volver de noche a la cocina, porque una cosa era saber que el Duende era el huésped invisible de la casa y otra muy distinta que anduviese él por ahí hecho un fantoche de humillo fulminoso, vagando por la nevera como un pollo resucitado o como una salsa hechizada. El Duende estaba obligado a ser una palabra y nada más, no andarse con esas ínfulas de fantasma fumífero.

Porque en aquel tiempo tenían su importancia las palabras. Importaba mucho, por ejemplo, la palabra «lagartija», la palabra «tabaco» o la palabra «Deuteronomio». Pronunciarlas era ejercer un encantamiento sobre el mundo: en el muro del patio hay una lagartija, tenemos que comprar tabaco o te va a tocar leer en la misa del colegio el Deuteronomio. Pronunciar algunas palabras —esas y otras muchas como «rifle», «cartapacio» o «campamento»; como «bengala», «capitán» o «caballería»— era tener el mundo en los labios, como una pastilla o

un caramelo, con todo su sabor amargo a medicina o a endulzada aventura por tierras remotas en que los tigres y los caballos corrían por los desiertos anochecidos con la solemnidad y la desesperación de los animales perseguidos por la muerte.

El Duende era una palabra comodín: el Duende espantaba a las lagartijas cuando ya las teníamos a tiro de china, el Duende nos mojaba los cigarrillos escondidos entre las maceatas, el Duende hacía que nos tocase leer en la misa del colegio alguna página del Deuteronomio, que era una palabra que nadie lograba pronunciar sin enredar las vocales en una madeja de úes furtivas y de traicioneras oes, de oes convertidas, por arte de fórmula mágica equivocada, en úes, y viceversa: de úes redondeadas en oes delincuentes, que caían como monedas falsas por el tobogán de aquellas sílabas trabalenguosas, malabaristas y bíblicas: «Lectura del Duotuermoniu». (Y aquel cura que te soltaba un cosqui en cuanto profanabas una simple vocal sagrada).

El Duende nos señalaba en el atlas el lugar exacto en que estaba cautiva la emperadora de los romanos de plástico y nos proporcionaba el nombre del capitán del barco enemigo, para poder gritarle: «¡Capitán Estampida —o capitán Jaboneta, o capitán Rubín—, abandona el barco!».

El Duende tenía una entidad de cosa volatinera y ocupaba aquella edad mía con la arrogancia de un pequeño dios hecho de harapos brillantes, en la mano un garfio de pirata y un sombrero de copa sobre su cabeza de vapor mágico.

Era el Duende a la vez el ratero y el rey, el perro mixtolocho y el gato de angora, el ángel vigilante y el demonio furtivo de aquel tiempo en que yo obtuve, como un regalo envuelto en humo, la frágil propiedad del paraíso.

